

Anatomía de un soldado

HARRY PARKER

TRADUCCIÓN DE JAVIER GUERRERO



sextopiso

Todos los derechos reservados.
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original
Anatomy of a Soldier

Copyright © HARRY PARKER, 2016 by FABER & FABER LIMITED
All rights reserved

Primera edición: 2016

Traducción
© JAVIER GUERRERO

Imagen de portada
© CRISTÓBAL FORTÚNEZ

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2016
París 35-A
Colonia del Carmen, Coyoacán
04100, México D. F., México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.
C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda
28014, Madrid, España.

www.sextopiso.com

Diseño
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Impresión
KADMOS

Formación
GRAFIME

ISBN: 978-84-16677-17-7
Depósito legal: M-29876-2016

Impreso en España

Para mi madre, padre y hermano

Mi número de serie es 6545-01-522. Me sacaron de una caja de plástico, me abrieron, me revisaron y me volvieron a montar. Un rotulador escribió en mí BA5799 0+ y me pusieron en el bolsillo del muslo izquierdo de los pantalones de combate de BA5799. Allí me quedé; el bolsillo casi nunca se desabrochaba.

Pasé ocho semanas, dos días y cuatro horas en ese bolsillo. Todavía no me necesitaban. Resbalaba contra el muslo de BA5799, atrás y adelante, atrás y adelante, casi siempre despacio, pero en ocasiones deprisa, rebotando en el interior. Y había ruido: estallidos y crujidos, gemidos agudos, gritos de nerviosismo y rabia.

Un día estuve sumergido en agua estancada durante una hora.

Viajé sobre rieles y en vehículos de ruedas, alas y rotores. Me empaparon en agua jabonosa, me colgaron a secar en una cuerda y me quedé allí un día entero.

A las 6 horas y 18 minutos del 15 de agosto, cuando estaba resbalando por el muslo de BA5799, me elevé y di tumbos en el aire. Y de repente estaba a la luz. Había polvo, confusión, gritos. Yo reposaba en el suelo, a su lado. Él estaba boca abajo; estaba incompleto. Permanecí a su lado cuando cayeron rocas y barro a nuestro alrededor.

Estuve en el suelo cuando un líquido rojo oscuro serpenteó hacia mí sobre el barro cuarteado. Estuve allí cuando no vino nadie y él se quedó solo y sin posibilidad de moverse. Continuaba allí en el momento en que el miedo y la impotencia atenazaron a BA5799, cuando le dieron la vuelta y le metieron dos dedos en la boca, cuando le comprimieron el pecho para que entrara aire en sus pulmones.

A mí me recogió una mano resbaladiza, me escurrí y caí al suelo, me recogieron de nuevo. Unos dedos cargados de pánico me abrieron y me cubrieron de ese líquido viscoso. Me colocaron en BA5799. Me giraron. Me ciñeron. Me envolvieron en torno a su pierna hasta que su pulso presionó contra mí. Y él hizo una mueca de dolor y gimoteó con los dientes apretados. Me tensaron más y yo le apreté el muslo para impedir que se desangrara en el suelo.

Me aferré a él cuando lo subieron a una camilla y él mordió con fuerza el brazo de uno de los hombre que lo llevaba, cuando ya no hacía ningún ruido. Me aferré a él cuando nos subieron al helicóptero. Me tensaron otra vez y apreté su muslo con más fuerza.

Me aferré a él mientras volábamos bajo sobre los campos y las acequias centelleantes, cuando el viento zumbó en torno al helicóptero y él rogó a Dios que lo salvara, cuando le pusieron unas palas metálicas en el pecho y su cuerpo se sacudió. Y me aferré a él cuando la lectura de la máquina no arrojaba vida, cuando no había ningún pulso contra mí.

Estuve allí cuando corrieron hacia el helicóptero y nos metieron en el frío hospital.

Estuve allí cuando los doctores pusieron cara de preocupación. Me aferré a él cuando lo reanimaron, cuando volvieron a aparecer datos y su corazón vacilante latió de nuevo. Todavía estaba allí cuando colgaron la bolsa de sangre encima de BA5799 y cortaron lo que quedaba de su pierna.

Y entonces me aflojaron y me soltaron y ya no estaba allí; BA5799 ya no me necesitaba.

Mi número de serie es 6545-01-522. Estuve en el fondo de una papelera de quirófano y luego me quemaron.

Me pusieron en un palé roto con otros tres sacos de fertilizante idénticos a las puertas de una tienda, en la población de Howshal Nalay.

Llevaba dos semanas en el palé cuando Faridun llegó en su bicicleta verde. Saludó al comerciante y empezaron a regatear. Entonces Faridun le entregó dinero y el comerciante me puso en el portaequipajes trasero de la bicicleta. Me combé sobre sus barras metálicas, que se clavaban en mi piel de plástico, y él me sujetó con cordel naranja de la tienda. Faridun bromeó con el hombre, luego pasó la pierna por encima de la barra de la bici y nos alejamos.

Faridun me sacó del pueblo pedaleando hasta la carretera desprotegida; una ruta elevada, color arena, que atravesaba campos de un verde grisáceo. La rueda trasera de la bicicleta, aplastada, chirriaba debajo de mí al sortear los baches que habían dejado las lluvias del invierno.

El chico suspiró al divisar el puesto de control a través del aire agitado. Desmontó cuando nos acercamos y continuó a pie, empujando la bici. Una barra de hierro apoyada en dos barriles de gasolina bloqueaba la carretera. Faridun vio una motocicleta con el depósito rojo apoyada en su pata de cabra y a un grupo de hombres sentados a la sombra de un complejo amurallado. Uno de ellos se levantó y caminó hacia nosotros. Le hizo una seña a Faridun con la mano que no empuñaba el arma.

—La paz sea contigo, joven. ¿Cómo estás? —dijo.

Faridun se protegió los ojos del sol y levantó la cabeza hacia él.

—La paz sea contigo. Estoy bien, alabado sea Dios.

El hombre era una silueta negra contra el sol.

—Vengo de Howshal Nalay, he estado en el mercado —añadió Faridun en voz baja—. He de volver a casa antes de que anochezca.

Los otros salieron de la sombra y se agruparon detrás del hombre. Faridun los miró y reconoció a su amigo Latif. Latif también reconoció a Faridun; pareció dudar un momento antes de acercarse al hombre y susurrarle algo al oído.

El rostro del hombre se tensó. Se acercó y pegó una patada a la barra de la bicicleta. El piñón de la bici golpeó el tobillo de Faridun y lo hizo caer. Yo caí al suelo con él y resbalé por debajo del cordel naranja. El hombre sujetó el arma con las dos manos, pisó la bici y aplastó la pierna de Faridun.

Faridun no hizo ningún ruido.

El hombre se colocó encima de él y le metió el cañón en la boca. Faridun apretó los labios y sacudió la cabeza de un lado a otro, pero el hombre movió el arma adelante y atrás hasta que le separó los labios y el cañón se deslizó contra sus dientes y luego hacia arriba hasta que le desprendió la encía entre los incisivos. Faridun abrió la boca por el dolor y el arma avanzó entre sus dientes hasta que le golpeó el velo del paladar.

—¿Tu padre es Kushan Hhan?

Faridun tuvo una arcada y su lengua se enroscó en el metal. Asintió con la cabeza, conmocionado. El hombre empujó con más fuerza y Faridun se convulsionó y volvió a atragantarse con el cañón.

—Tu padre está trabajando para el infiel —dijo el hombre—. Si continúa actuando contra la voluntad de Dios, le cortaré la cabeza a tu hermana. ¿Lo entiendes? —Empujó una última vez antes de sacar el arma y dar un paso atrás.

Faridun tenía los ojos humedecidos, pero sostuvo la mirada del hombre al ponerse en pie y levantar la bici del suelo. El cordel se aflojó y yo caí del portaequipajes. El labio de Faridun ya se estaba hinchando. Miró a Latif.

—Que Dios sea contigo, Latif —dijo, antes de empujar lentamente la bicicleta por la carretera, alejándose del lugar donde yo me quedé entre el polvo.

Los hombres rieron y le dieron una palmada en la espalda a Latif. Uno de ellos se acercó al centro de la carretera, me recogió y me lanzó contra el muro del complejo.

Esa tarde, los hombres se recostaron a la sombra y dejaron pasar a unos nómadas y sus camellos. Cobraron un peaje de quince dólares a un camionero y charlaron con un grupo de hombres que regresaba de los campos. Por fin, cuando el horizonte se recortaba en el anochecer, dos de ellos se marcharon en la motocicleta. Los otros metieron la barra y los barriles de gasolina en el complejo, dijeron que se volverían a ver después de las oraciones y se alejaron.

El último hombre me cargó al hombro. Caminó por un sendero que discurría junto una franja de agua plateada hasta que llegamos a una zona oscura de maleza en un laberinto de paredes que se desmoronaban. Abrió una puerta de madera, me dejó en el suelo y volvió a cerrar.

Soy un saco de fertilizante. Contengo NH_4NO_3 y esperé en esa habitación oscura hasta que me abrieron y me utilizaron.

Me sacaron de una caja y pasaron unos cordones a través de mis ojillos. Desplegaron mi lengüeta y un hombre escribió BA5799 con un rotulador permanente negro que traspasó mi tela.

Estaba en una habitación con cosas esparcidas por el suelo y ropa apilada en filas: camisetas, camisas de combate, pantalones, ropa interior de verano y calcetines enrollados. Había una pila de artículos y mapas, un libro sobre un país distante donde persistía el conflicto; otra pila con tubos de dentífrico, cepillos de dientes, repelente de insectos y pastillas contra la malaria; una tercera con un GPS, una linterna y un botiquín. Había también un diario con tapas de cuero, un casco y un montón de cargadores, engrasados y brillantes, con un kit de limpieza de rifles enrollado a su lado.

Una gran bolsa negra con asas y una mochila Bergen estaban listas para ser llenadas. Todo llevaba el nombre en negro, como yo.

El hombre estaba sentado en la cama individual. Metió su pie dentro de mí y yo me ajusté a su tobillo mediante los cordones que él pasó tres veces en torno a mi caña antes de hacer un nudo con mucho cuidado. Noté sus dedos contoneándose y luego se calzó mi reflejo en su otro pie.

Caminó por la habitación y de nuevo encogió los dedos de los pies. Salimos de la habitación, bajamos y escapamos al exterior.

Pasé en un instante por delante de mi par y pisé el suelo. Mi par me adelantó. Estábamos corriendo. Fuimos más deprisa al subir por una senda de caliza y pedernal, a través de portezuelas coronadas de alambre con cuchillas. La senda

estaba bordeada de seto vivo y saltamos charcos y nos precipitamos desde el límite arbóreo y por una colina verde.

Nos adaptamos a un ritmo y el hombre respiró con un control muchas veces ensayado. Mi suela se doblaba y se curvaba en las rocas, sujetándose al barro a cada paso. Los charcos reflejaban el cielo azul y blanco, y mi superficie de tela formaba arrugas cuando me doblaba con el movimiento de su pie. El hombre incrementó el ritmo, porque sabía que podía hacerlo y quería darse el gusto. Era fuerte y seguía controlando la respiración pese a ir más deprisa. Cuanto más en forma estuviera, mejor podría luchar y más tiempo podría sobrevivir.

Se obligó a ir más rápido, motivado sólo por desconectar, y continuó por una pendiente más empinada. Se detuvo en lo alto a contemplar las amplias planicies que se extendían a sus pies, entrecruzadas por caminos y bosques.

Trató de vaciar la mente, pero los pensamientos lo inundaron. Ya estaba allí, concentrado en cómo sería aquello y en su inevitabilidad. Cuando pensó en la última semana antes de ser movilizado, le pareció casi irreal. Pensó en las despedidas.

Nos apartamos de la senda y corrimos por la hierba. Las briznas raspaban mi tela, dejando cicatrices verdes. Empecé a rozarle el talón izquierdo y se le formó una ampolla. Las arrugas se hicieron más profundas en mí y la forma de cada uno de sus dedos moldeó mi plantilla.

Bajamos de un bordillo y corrimos a lo largo de un camino de grava que se notaba dura en mi suela. Doblamos una esquina hasta una verja donde él se detuvo y mostró su identificación a un soldado.

—No sabía que estaba de guardia, fusilero Macintosh.

—Es todo un placer, señor —dijo el soldado.

—Espero que no se pierda ningún permiso.

—No, termino mañana; luego me iré directamente a casa.

¿Viene de correr?

—Sólo para probar mis botas nuevas —dijo, y me miró.

—Muy bien, jefe. Siga así y será coronel algún día.

—Estoy seguro de que no llegaré a eso, Mac —dijo el hombre, y se volvió—. Hasta luego.

Empezó a llover y se dibujaron manchas oscuras en el asfalto delante de mí. Él esprintó la última media milla de vuelta al edificio del que habíamos salido.

Caminó con las manos en la cabeza y el pecho subiendo y bajando. Se recuperó enseguida, y volvimos a la habitación. Se descalzó y el calor de su pie se disipó. Fui colocada con cuidado entre todo el equipo extendido por el suelo.

Él durmió en la cama y por la mañana se afeitó en el lavabo. Se vistió con un uniforme de camuflaje verde y se puso unas botas, iguales que yo, pero negras y de piel. Se ajustó una boina verde en la cabeza, colocando la corneta plateada sobre un ojo, y salió. Cuando volvió, reordenó las pilas y contó los calcetines otra vez antes de añadir otra marca en una lista.

Al día siguiente se puso tejanos, camiseta y las zapatillas viejas que, desde que yo había llegado allí, descansaban sin haber sido usadas. Metió unas cuantas cosas en una bolsa, cerró la puerta y se marchó.

Yo estaba sola en mi sitio, junto a mi par, entre las pilas listas para hacer el equipaje.

Regresó al cabo de una semana, sin afeitar. Suspiró, se sentó en el suelo y empezó a preparar el equipo. Todo tenía un lugar y al final cada objeto de su lista quedó marcado. En cuanto terminó, llenó la mochila Bergen y yo fui colocada al lado de una silla donde había un uniforme de combate en el desierto. La boina verde estaba encima.

Otro hombre se asomó para echar un vistazo.

—¿Vienes a comer algo? —preguntó.

—Claro, dame un segundo, tengo que llamar a casa.

—Vale, tío, te veo abajo —dijo el hombre, y se fue.

Él cogió su teléfono.

—Hola, mamá, soy Tom —dijo—. Sí, bien, terminando de hacer el petate, listo para marchar... —Paseó por la habitación

y luego se sentó en la cama—. Nada, una pizza y una peli, seguramente con los demás... Creo que es mañana a las diez, pero tenemos que estar listos para subir a los autobuses a las cinco... Gracias por el fin de semana. Fue fantástico verlos a todos.

Escuchó al teléfono, retorciendo los dedos en el edredón. Se levantó y se acercó a la ventana. Habló, rio y caminó hasta la silla para tirar de un hilo suelto en su camisa de combate.

—Llamaré dentro de unos días —dijo—, cuando llegue allí... Vale, ya lo haré... Y vosotros, cuidaros... Adiós... Adiós.

Esa noche durmió fatal y a las cuatro sonó su alarma. Encendió la luz de inmediato. Se incorporó, se agarró al lateral de la cama y bostezó. Todavía estaba oscuro fuera cuando se inclinó sobre el lavabo para afeitarse. Contempló su reflejo y los ojos inyectados en sangre. La imagen no coincidía con cómo se sentía. Sonrió, pero tenía la mirada perdida cuando se pasó la cuchilla por el mentón. No importaba el aspecto que tuviera.

Guardó el resto de su equipo en la Bergen, se vistió con su uniforme de combate y se calzó.

En el desayuno, otras botas como yo no paraban quietas bajo la mesa. Ninguno de los hombres había dormido bien y hablaron de poco más que de horarios y de la coordinación de las siguientes etapas.

De regreso en la habitación, se cargó la Bergen al hombro y gruñó al levantar la bolsa de asas hasta que quedó apilada encima. Sostenía una pequeña mochila verde en la mano derecha. En ese momento, yo soportaba una presión que equivalía casi al doble del peso del hombre. Él miró a su alrededor en la habitación vacía, apagó la luz y se marchó sin cerrar la puerta.

Caminamos por el campo iluminado por los charcos de luz amarilla que proyectaban las farolas. Otras figuras oscuras, encorvadas bajo mochilas repletas, salieron de los edificios y convergieron en una larga fila de autobuses. Las voces se hicieron más claras y luego nos quedamos entre la gente, en un bullicio de actividad al lado de la carretera, en la oscuridad.

Una voz llamó desde un lugar situado más atrás en la fila.

—Compañía B al final. Las bolsas en los camiones, las Bergen debajo. Basta de caminar como señoritas.

Pasamos junto a un hombre aturdido que estaba vaciando su bolsa en la hierba.

—Vamos, fusilero Milne, ha tenido la vida entera para hacer el petate, ¿qué ha olvidado ahora? —dijo un hombre al tiempo que el soldado salía corriendo.

—Buenos días, señor, compañía B al otro extremo —informó un soldado, y señaló hacia la fila.

—Gracias —dijo él. Me hizo pasar por encima de una bolsa y continuó caminando.

—Si alguien más ha de recoger armas y material que se pase por Intendencia ahora —gritó un soldado desde un contenedor.

Caminamos hasta un camión. Él levantó la bolsa que llevaba y la apiló con las demás; luego empujó la Bergen en el espacio de debajo de la plataforma del camión. Se quedó en una fila de hombres que bostezaban y firmó al retirar un rifle. Por fin subió a un autobús y se sentó en la primera fila. Apoyó la culata verde del arma en el suelo, a mi lado.

Un hombre recorrió despacio el pasillo central, contando a los soldados que ya se relajaban apoyándose en las ventanas.

—Están todos, señor —dijo y se sentó a nuestro lado—. Sólo estamos esperando al fusilero Smith, que está ayudando a Intendencia con las bolsas.

—Gracias, sargento Dee.

El autobús abandonó el campamento, proyectando un óvalo de luz por delante, en la carretera. Los árboles se veían oscuros desde las ventanillas cuando el cielo empezó a iluminarse. El pie se relajó y él se quedó dormido.

Al despertarse, miró el campo que iban dejando atrás hasta que le dio un codazo al soldado que iba a su lado.

—Casi hemos llegado, sargento Dee —dijo.

—Gracias, jefe —dijo el hombre. Se levantó y miró por encima del respaldo de su asiento—. Escuchen —dijo—. Basta de lamer la ventanilla, fusilero Macintosh, ya vale. Cuando

bajemos, las bolsas irán por separado en el avión. Que nadie se ponga creativo. Entren como un pelotón.

Después de hacer cola y mostrar sus documentos, el hombre se sentó en una sala de espera y me cruzó sobre su otro tobillo. Los soldados durmieron apoyados en las mochilas y con los auriculares puestos. Eran pocos los que hablaban. Algunos se tumbaron en el suelo con la chaqueta de combate envuelta en torno a la cabeza para protegerse de la luz de los fluorescentes. Por fin, entraron en la sala varios hombres con uniformes azules. Un hombre que llevaba un chaleco reflectante pasó entre las filas de asientos.

—Lamento el ligero retraso —dijo—, había un problema estructural. Empezaremos a subir a bordo ahora.

—Aleluya —dijo alguien cuando se levantaron.

El hombre salió de la terminal en la única fila que avanzaba poco a poco. Todos los soldados que nos rodeaban permanecieron en silencio al subir por la escalerilla del avión con sus uniformes nuevos e inmaculados. Él suspiró y apretó sus pies en mi interior. No había alternativa posible, pensó, no había vuelta atrás.

El viento húmedo zarandeó los árboles junto a la pista de despegue. Él se agachó y tocó el suelo a mi lado, y entonces pisé la escalerilla de metal.

En el avión, las botas de otros hombres se alinearon bajo los asientos delante de mí. Él no podía dormir. Apoyó la cabeza en la ventanilla y observó las nubes desde arriba. Se vio arrastrado por un reguero de pensamientos y recuerdos indeseados, que sólo tenían en común ser evocaciones de aquello de lo que se estaba alejando.

Después del vuelo, bajamos por los peldaños de aluminio hasta la pista de aterrizaje. Sentí el calor en mi suela y el aire que vibraba y parecía levantar el asfalto negro hacia el cielo.

Soy una bota de combate para el desierto. Llevo BA5799 escrito en mi lengüeta y él caminó conmigo por el asfalto hacia una ciudad de tiendas blancas y hangares color crema que flotaba en ese reluciente espejo desértico.